

Pedro González-Sosa

Guía de Gran Canaria

en la vida y en la obra de

LUJAN PEREZ

Pórtico de

Don Luis Doreste Silva

Cronista Oficial de Las Palmas

BIG ST

Las Palmas de Gran Canaria

155

MXMDVI

El original (ahora ligeramente ampliado) fué dado a conocer por su autor en el aula magna del Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria el día 1º de junio dentro del ciclo de conferencias organizado por aquélla sociedad para conmemorar el 11 centenario del nacimiento de Luján Pérez

Pedro González-Sosa

Para don José M. Alzola, 24 años después,
con el mismo afecto y admiración por su
obra: 4.ª. Diciembre-1980 - T.916-1980

Red por el - la
Guía de Gran Canaria

en la vida y en la obra de

LUJAN PEREZ

Pórtico de

Don Luis Doreste Silva

Cronista Oficial de Las Palmas

Las Palmas de Gran Canaria

MXMDVI



JOSE LUXAN Y PEREZ
(Retrato de D. Manuel de León)

PORTICO

(El siguiente trabajo —que reproducimos aquí merced a la gentileza de su autor— fué leído por el ilustre poeta D. Luis Doreste Silva en el homenaje que la ciudad de Guía tributó a Luján Pérez el día 10 de mayo de 1956, con ocasión del bicentenario de su nacimiento.)

COMO en los antiguos tiempos, viejo peregrino, caballero enamorado —y de la ocasión perfectamente religiosa, con un mucho de aquel juglar humilde y maravillado a los pies de Nuestra Señora—, vengo, amigos de Guía, con mi pequeño haz de versos en este claro día de inmortalidad, que irradia sobre la Gran Canaria entera desde este vuestro hermoso, querido e ilustre pedazo de su tierra.

Habéis nuevamente recordado a los poetas como guardadores de la simbólica mirra sagrada a quemar en los trances de gloria. La Poesía, madre única, privilegiada para hacer suyo el depósito, santo y hondamente celado, de las almas en homenaje a la Historia y las figuras excelsas del lar. No es tradición lo que no sea Poesía. Por esto, habéis dejado grabado en la torre el soneto histórico, a cuya glosa me rindo fervoroso.

Una conmemoración fué siempre paso de un hombre sobre las huellas de otro hombre. Subirse al puente de acero y de cristal del tiempo y pararse a contemplar admirado las dos márgenes panorámicas del río, echando a volar su corazón. El mensaje del peregrino ha de tener el poder de llegar a todos los que esperan con el corazón dispuesto a la suma. La medida de las grandes empresas superiores humanas sólo la da el soplo ardido, verdadero de la emoción. Por eso, mis versos, en hondura de humildad, van directos a vosotros. A esta Guía en honor que venimos a reverenciar en la historia de un hombre de hace dos siglos y en la maravillosa estela de su genio.

Hoy la Historia, su cultivo, es, dijérase más de una vez, caminata fría y sin rosas poéticas a cortar para pulir las estrofas tan bellas como envanecedoras. Afán de cosas nuevas polémicas, de litigios inesperados. Aquí, para fortuna nuestra, ni rostros dados por gloriosos a destruir, ni murallas que nos parecieran pintados con materia eterna a echar abajo. No hay ventanas de ensueño a cerrar. Es cosa cordialísima decir esto, cuando sentimos cómo poco a poco nos es demolida la poesía —ay, esto suele sucederle a nuestra historia isleña sin quererlo—; de pronto, un noble señor meritisimo, de gafas caladas

y seguras en el saber, d'jérase irrupir saltando, con acrobacia casi prodigiosa, por sobre los viejos tomos tan queridos; tal el ilusionista escénico, manos en el faldón, extrayendo del fondo el increíble elefante con trompa de guerra.

La magia divina, insuperable, ciertamente irrompible, está para nosotros que nos dijeron, desde lo remoto, Jardín de las Hespérides, Campos Elíseos, cruceo de Ulises metáfora viva de la Atlántida, tierra de promisión, fundido nervio guanche, providencia atlántida, precursoria del Nuevo Mundo, rotura del «mar tenebroso», océano únicamente, abierto por las siete estrellas pectorales de la Reina Isabel, bandera desplegada de Cristo al costado de África señalando hacia tres continentes...

Todo esto digo, porque nadie nos puede quitar el impar, sublime gozo de contemplar a nuestro Luján pregonero, genio con la Historia prodigiosamente injertada a la gubia, con la que esculpe el símbolo inigualado de lo que fué nuestro Destino; desde el pedazo azul de nuestro mar signado de Bautismo, avanza la Cruz, inspiradora de los grandes imagineros de España —y escultores de su alma— con unos brazos en alto, extendiéndolos, infinitamente ceñidores...

Esta es la síntesis de mis versos, en hondura de humildad, su ido, por generosa voluntad vuestra, al puente de acero y cristal, desde donde, contemplando admirado las dos márgenes panorámicas del río, debo echar mi corazón a volar seguro de la suma del vuestro.

A Guía en el bicentenario de Luján Pérez

I

EL PENDULO DE DIOS

Vigila alerta y grave, ojo al azul abierto
que el permanente enigma cifra de la verdad,
mientras del tiempo viertes el gran latido cierto,
abajo, en tus minutos tensa la humanidad.
Signo desde la altura del corazón despierto
que en la rueda girando ordenas la ciudad,
tus breves manos paran nuestro barco en el puerto,
hecha la esfera término, reloj de eternidad.
Doscientas singladuras dicen fiesta este día,
más luz de dos mil años proyecta esta alegría
que tus dedos de cálculo samaron con amor.
¡Oh, abiertas manecillas en la torre de Guía,
invocando al que esculpe el dolor de María
y, en asombroso pálpito de eterna poesía,
la eternidad clavada del cuerpo del Señor!

II

LOS CAMPOS BENDITOS

No eres mar ondulado en vegetal perezosa,
verde vega silente bajo el cielo de Guía;
eres sudor de hombre transido en la belleza
de tu nervio en la tierra forjando la riqueza.
Eres plegaria humilde al Padre que la envía,
por orfebre el arado del alma en fortaleza,
cadencia religiosa tu rezada armonía,
verde vega silente bajo el cielo de Guía.
Cada patria es un hombre que labra y que se humilla,
toda planta en la tierra, un hombre y su semilla.
Sin mirada a los cielos nunca habrá floreceres;
veo al hombre y la planta juntar su maravilla,
labradora de tierras doblando la rodilla,
labradora de Cristo que en su milagro eres,
en olor del Dios y Hombre, Guía de Luján Pérez.

III

ANTE NUESTRA SEÑORA

Cuando era niño se hablaba del pasado
con más unción y menos abundancia,
se daba a Cristo el pálpito hechizado
de todo fin humano hecho fragancia.

¡Oh, cuánto amor de aquel amor guardado!
¡Oh, doble pan al hombre hecho sustancia,
sabor del uno a sangre del costado,
el otro, a miel divina de la infancia!

Como llegara a tí, místico a la entrega,
con el alma en tu historia enarrollada,
subí a la torre y contemplé la vega.

Viejo, torno a ser niño en la mirada
que es miel celeste por Luján brindada,
¡Virgen de las Mercedes, mágica al que llega!

LUIS DORISSTE SILVA
Cronista oficial de Las Palmas



Pedro González-Sosa

*(Dibujo al natural de
Victoria Rodríguez)*

GUÍA DE GRAN CANARIA

en la vida y en la obra de

LUJAN PEREZ

S EÑORAS y señores: Quiero que mis primeras palabras sean para suplicar benevolencia. Benevolencia no solamente para mí, sino también para quienes, asombrosamente ciegos ante la insignificancia de mi persona, han querido que yo apareciera aquí esta tarde para que hable, un tantico alegremente, en torno a lo que Guía significó en la vida de Luján Pérez y también en algunas de sus obras --esto último sólo en un plano anecdótico.

Mi idoneidad para este cometido es en extremo menguada; con más rigor debería decir que es nula del todo. Ya sé yo que esta confesión está de más para ustedes, pero aún así no quiero omitirla porque estoy convencido de que esta franqueza mía va a ser lo único meritorio de mi hazaña de hoy. Y hay todavía otra cosa que me interesa declarar antes de seguir adelante: el material inédito o seminédito que he utilizado para mi trabajo es muy parvo, casi inexistente. La falta de tiempo, sobre todo, me ha hecho imposible el entretenerme en la búsqueda despaciosa de los documentos cuya consulta pienso yo que es indispensable para poder tratar el tema de esta conferencia con el mínimo repertorio de datos y noticias de auténtico interés. Si en algo pudiera ello contribuir a suscitar la clemencia de ustedes para conmigo, quede hecha aquí la promesa formal de que algún día, Dios mediante, me embarcaré de nuevo en esta empresa mejor pertrechado que en la presente ocasión. De todo esto deducirán ustedes fácilmente que mi trabajo por fuerza he tenido que elaborarlo a base de muy pocas y por demás leves referencias históricas, por otra parte bastante divulgadas la mayoría de ellas. Lo demás he tenido que ir a buscarlo a ese mundo denso, abigarrado, anacrónico, caótico --engañoso en las más de sus apariencias, pero siempre fascinante-- de la tradición oral.

Fidelidad a la tierra

Cada uno de nosotros conoce por propia experiencia el importante papel que en la vida sentimental del hombre desempeña el lugar de su nacimiento; es decir, la precisa, la concreta parcela del planeta en la que nacimos a la vida y en la que, en la mayoría de los casos, transcurrió nuestra infancia y esa especie de Medioevo humano que es la adolescencia --edad también monstruosa y delicada. Corrientemente, hasta los seres de sensibilidad más embotada, esos campeones del éxito que, al menos en apariencia, no reparan en pisotear las cosas más nobles y los sentimientos más exquisitos con tal de alcanzar sus objetivos, siempre de signo materialista; hasta esa gente, digo, suele sorprendernos con gestos en los que se revela diáfananamente la supervivencia de un afecto puro, vivo, entrañable hacia el rincón nativo. Y nada digamos de las almas egregias, par-

ticularmente de los artistas. De algunos de éstos podría afirmarse incluso que dejarían de serlo desde el punto y hora en que rompieran el amoroso nexo que los une a la tierra de sus raíces. Yo —y a ustedes les ocurrirá lo mismo sin duda— me acuerdo en estos momentos de muchos y señeros ejemplos, pero me place recordar sobre todo a un personaje que no existió jamás, a una criatura de ficción: aquel poeta de que nos habla Azorín en *Los Pueblos*, que vuelve viejo y ciego a su aldea y que, apenas llegado, pregunta con conmovedora, con tiernísima ansiedad:

—Dime, ¿hay aún delante de la casa olmos grandes? ¿Están hermosos? ¿Están verdes?

—Sí, aún están —le contestan.

Y él vuelve a inquirir:

—¿Y hay en ellos muchas cigarras? Unas cigarras que cantan mucho... ¿No es verdad?

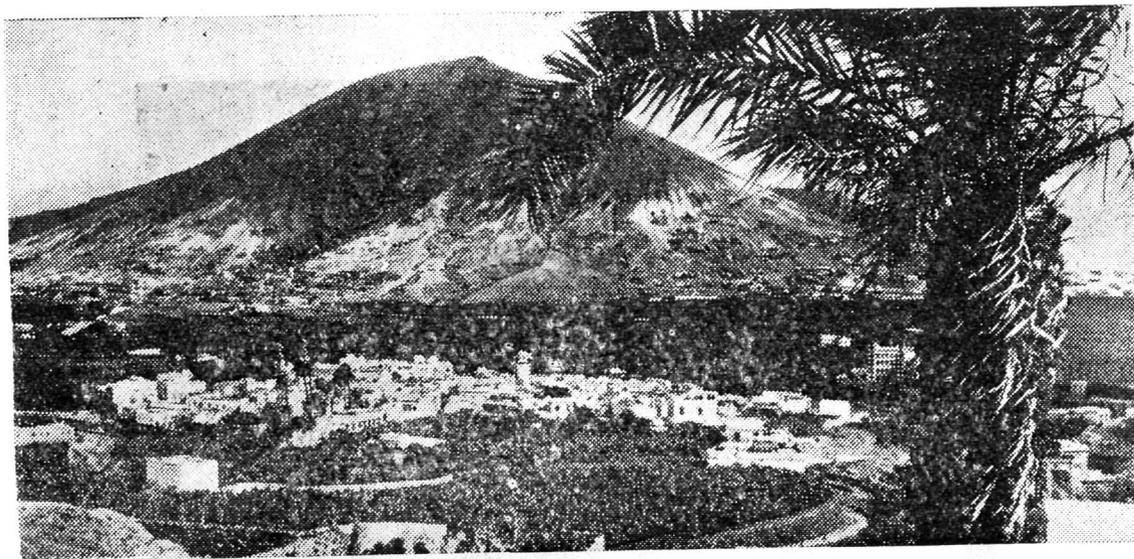
Y es que si hay una edad en que, como todo lo elemental circunstante, lo terrígeno se proyecta sobre nuestra psique con ímpetu plasmador, lo es sin duda ese trecho de la vida que va de la infancia a la primera juventud. En ese período, al contrario de lo que sucede en las otras etapas del ciclo vital humano, el medio, el paisaje no es una mera circunstancia externa, no es un simple telón de fondo. Es una presencia próxima, animada, hiriente, que llega a transubstanciarse en nosotros, a formar parte de nosotros mismos. Y es por eso por lo que su recuerdo está perennemente encendido en nuestro corazón.

Yo estoy por afirmar que la devoción del hombre por el ámbito que cobijó los años primeros de su vida no falla en ningún caso. Incluso en Galdós, culpado tantas veces de desvío hacia su isla, es incontrovertible esta fidelidad afectiva a la tierra de origen. Para mí, y sin menospreciar otros testimonios —que los hay de sobra—, la visión de aquel don Benito que en los días visperales de su muerte canturrea, enajenado, viejas canciones infantiles aprendidas aquí, es un argumento infinitamente más válido que la sentencia de ciertos patriotas de bajo vuelo, que niegan la canariedad del Maestro sólo porque en ninguna de sus novelas aludió por manera explícita al paisaje o a la humanidad de Gran Canaria.

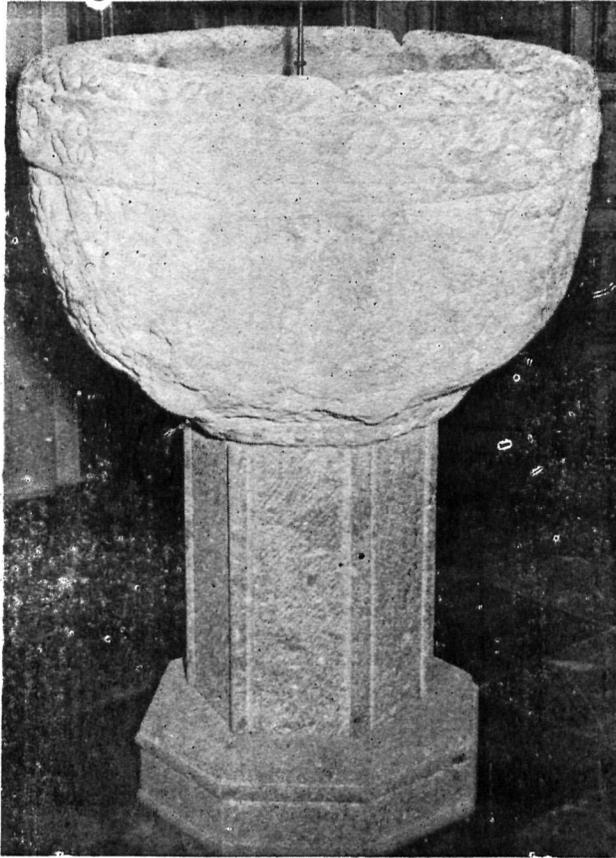
Obras son amores

En el caso de Luján Pérez ni siquiera hay resquicio para la duda más leve. Existen muchas pruebas de que sentía por Guía un apego entrañable; y ahí está, como testimonio definitivo, esa expresa protesta de amor contenida en su testamento: «Declaro que a impulsos del amor y afecto que profeso al pueblo de Guía, por ser mi Patria...» Pero este amor de Luján por su terruño no es un sentimiento estrictamente pasivo, inoperante, de eficacia a lo sumo verbal. Todo lo contrario: en bastantes ocasiones lo rubricó con hechos de cuyas consecuencias se siguen beneficiando todavía hoy los habitantes de Guía. Así, por ejemplo, el único reloj de torre que en aquella ciudad cuenta y canta el tránsito de las horas, (débase a un rasgo generoso del artista, que, a pesar de hallarse radicado en Las Palmas, siempre vió en los problemas de su pueblo algo que le atañía muy de cerca. La manda testamentaria por la que Luján hace donación de este reloj nos habla con harta elocuencia no solamente de su patriotismo, sino también de su sincera preocupación por el bienestar de sus coterráneos. Porque él no lega el reloj movido del prurito egoísta de grangearse la gratitud de los guineños o para conquistarle notoriedad a su nombre, que tales suelen ser los móviles, más o menos encubiertos, de muchos gestos altruistas (i) de los que hoy se prodigan por ahí. «Es mi voluntad —declara— se ponga un reloj en una de las torres de aquella iglesia parroquial, a fin de que sus vecinos disfruten de ese beneficio y puedan arreglar las distribuciones de sus aguas, que es de tanto interés para la agricultura y para no causar disturbios ni desavenencias entre sus partícipes». No hace falta ni un adarme de perspicacia para advertir en estas palabras un ahincado deseo de poner remedio a un estado de cosas que con bastante frecuencia alteraba la armonía de la pequeña comunidad, y, en más de una ocasión, con alborotos en los que si la sangre no llegó a teñir el agua de las acequias, poco faltó para ello.

La identificación de Luján Pérez con el sentir de su pueblo era tal, que incluso llegaba a reaccionar de manera extremosa ante cosas nimias e intrascendentes, pero que a él, como a cualquier guineño de los que vivían inmersos de continuo en el ámbito pueblerino, se le antojaba dañosas para el prestigio de Guía. En cierta ocasión —nos cuenta don Bartolomé Martínez de Escobar— Luján oye comentar en una tertulia que los monumentos del Jueves Santo que lucían algunas iglesias de Tenerife superaban en sustitiosidad y belleza al de su parroquia natal. Al día siguiente, movido por un impulso



Vista panorámica de Guía de Gran Canaria, cuna de Luján, con el llamado «Pico de la Atalaya». De resultar cierta nuestra tesis de que el artista fué sepultado en las faldas de ésta montaña, tendremos que Luján tuvo por tumba el mausoleo natural más grandioso que hombre alguno pudo imaginar



Pila en la que fué bautizado Luján Pérez
(Hoy en la Casa de Colón)



Casa natal de Luján Pérez en «Las Tres Palmas» (Guía)



La Virgen de Las Mercedes

de emulación muy terruñero, nuestro artista pretexta que se va de pesca —era su «hobby», como hoy gusta decir— y marcha a la isla hermana con el único y exclusivo propósito de conocer *de visu* las obras tan alabadas y poder luego diseñar otra mejor para la iglesia de su villa. Claro que esto ocurría en aquellas calendas en que nada menos que un canónigo Gordillo, hombre de criterio despejado si los hubo entonces, pudo escribir lo siguiente, a propósito de un famoso pleito que Gáldar mantenía con Guía: «...informes siniestros suministrados por personas o corporaciones empeñadas en arrancarnos una categoría que nos sobrepone a nuestros antiguos y tenaces rivales». Palabras demasiado graves para aplicadas a una cuestión de alcance puramente lugareño y que en nada denotan su parentesco con aquellas otras que el valiente canónigo guicense pronunciara en las Cortes de Cádiz en 1811, en defensa de la abolición de ciertos privilegios de casta: «Digan lo que digan los apologistas de la grandeza de España y de su nobleza, con vejamen e insulto de las demás clases del Estado, los Reyes no han podido privilegiar a ninguno de sus súbditos, ni por méritos ni por servicios, con prerrogativas que ofendan directamente la seguridad del ciudadano, le priven de la justa confianza que les dispensan las leyes, y le obstruyan los medios que deben estar francos a todo hombre para hacer valer en todo tribunal y en todas circunstancias, su razón y su justicia».

Pero volvamos a Luján. Con lo dicho no hemos agotado el capítulo de su generosidad para con el pueblo nativo, pues todavía nos queda por mencionar otros presentes suyos. De uno de ellos nos habló hace unos días don José Miguel Alzola en este mismo lugar, relatándonos de paso las curiosas circunstancias que concurrieron en esta donación. Hablo de las imágenes de la Dolorosa y del Cristo a la columna que se veneran en la iglesia de Santa María de Guía. Dádiva de Luján lo es igualmente el Señor en el Huerto de aquella parroquia. Por cierto que la génesis de esta obra es bastante pintoresca, y reveladora también de la gran confianza que el artista tenía en sí propio. Cuentan que en una de las estancias guenses del escultor, sus paisanos le llevaron una talla del Cristo de la Oración para que hiciera en ella algunas reparaciones. Esta imagen debía de estar muy deteriorada, pues Luján, que tantas y tantas reformas hizo a lo largo de su carrera, no la creyó merecedora de una restauración; y, en un gesto que le retrata perfectamente, la partió de un hachazo. Sorprendidos, y seguramente alarmados ante semejante estropicio, los cofrades hicieron ver al estatuario que la Semana Santa era inminente y que la efígie destruida necesariamente habría de salir en procesión. Luján los tranquilizó diciéndoles: «Váyanse tranquilos. Para entonces yo les haré otro mejor». Y tal como lo prometió lo hizo: aquel año el retablo de la Semana Mayor guicense se enriqueció con otra nueva muestra del arte del gran imaginero.

Se afirma también (yo no lo he podido comprobar documentalente) que el antiguo cementerio de Guía fué costeadado en su totalidad por Luján Pérez, quien además —y la cosa parece natural— diseñó la portada y dirigió personalmente las obras.

Las que he citado no son las únicas obras de Luján que posee Guía. Allí, a más de un San Sebastián, puede admirarse un bellísimo Señor Predicador, un Crucificado de notable factura y esa soberbia maravilla que es la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, sin duda alguna una de las más perfectas realizaciones de su autor.

El Crucificado lo talló Luján en Guía, y le sirvió de estudio la tribuna de la antigua iglesia del Hospicio, hoy Teatro Municipal. Este Crucifijo se desinó en un principio al altar mayor de la Parroquial, en cuyo retablo, y en su parte superior (que es, por cierto, obra también de Luján), estuvo colocado durante algún tiempo, pasando más tarde a formar parte del *paso* del Calvario.

La Virgen de Las Mercedes:

La Virgen de las Mercedes la hizo por encargo de don Lorenzo Montesdeoca, uno de los hermanos Montesdeoca, famosa pléyade de ilustres clérigos guenses que fueron fraternales amigos suyos. Aunque Tejera afirma que con la imagen de Luján se instauró en Guía el culto a la advocación mariana de las Mercedes, lo cierto es, sin embargo, que tal devoción ya tenía entonces una respetable tradición, como lo demuestra el hecho de que existiera de antiguo una cofradía con tal denominación y que ya en un inventario de 1782 se habla de «una imagen de las Mercedes, que está en su altar, frente al de Animas». Sin duda alguna, esta antigua imagen fué una de las víctimas de la peregrina hazaña del cura Amaral, un coadjutor de la Iglesia de Guía que en cierta ocasión, y por amor de aliviar de trastos y antiguallas las dependencias parroquiales, enterró—literalmente: enterró— un crecido número de imágenes, entre las cuales vaya a ustedes a saber si figuraría alguna auténtica obra de arte, cosa en la que de ningún modo podía reparar el inflexible don Francisco de Quintana Amaral (que éste es el nom-

bre completo del tonsurado (iconoclasta), a juzgar por las noticias que de él nos han llegado. Creo que vale la pena que les lea la semblanza que de este personaje nos hace don Juan Batista Palenzuela en su manuscrita «Relación de sacerdotes hijos de Guía...» Dice así: «Falleció este señor en 1847. Hombre de poco saber, pero una pella de sal para los cuentos, que por cada dedo, como suele decirse, soltaba uno. Nunca subió al púlpito sin que dejara de perterse a medio sermón. Desempeñó el cargo de Mayor lomo de esta fábrica parroquial muchos años. Concluyó por cortar para paños de cocna una buena colección de Cuadros antiguos que tenía esta iglesia y por enterrar en un osario que existía junto a la iglesia muchas imágenes, muchas de ellas en muy buen estado». Si el caso de este sujeto no fué insólito, ya tenemos una razón —no la única, claro— para explicarnos la pobreza del tesoro artístico de la isla.

El frontis de la iglesia parroquial

De antiguo, e incluso en papeles impresos, viene atribuyéndose a Luján Pérez el frontis de la iglesia de Santa María de Guía, pero la verdad es que ello no ha sido posible acreditarlo documentalmente hasta el momento. Entre los que abogan por la paternidad lujaniana hay un autor que muy bien pudo basar su aseveración en datos fehacientes, ya que, según él confiesa a otro propósito, es bastante verosímil que tuviera a mano preciosos documentos inéditos atinentes a Luján. Mas como este autor propendía a acatar demasiado alegremente los dictados de su imaginación (que por añadidura era fertilísima), cuesta mucho creer en la veracidad de su aserto. En contra de esta atribución tenemos también la fecha de los planos de la obra, que, al parecer, datan de 1780, época en la que el artista apenas si tenía veinticuatro años de edad y en la que, por consiguiente, y a menos que se haga más luz sobre su etapa formativa, no se hallaba en condiciones de realizar un trabajo del mérito del que nos ocupa. ¿Fué acaso Luján Pérez el autor tan sólo del proyecto del cuerpo superior de las torres, una de las cuales fué rematada después de su muerte? Así —si yo no interpreto mal sus palabras— lo cree un distinguido amigo el joven y docto profesor de Historia del Arte en la Escuela de Artes y Oficios de Santa Cruz de Tenerife, don Miguel Tarquis.

Taller del callejón de León

Es bastante presumible que Luján tallara en Guía otras imágenes, aparte de aquellas que hizo para su pueblo; pero le que algunas de las que realizó para Gáldar. Así nos lo hace suponer la existencia de ese taller del *callejón de León* de que nos habla la tradición. Personalmente, me inclino a pensar que este taller, si es verdad que existió, no fué propiamente un obrador para trabajos de esculpura, sino tan sólo un local en donde el artista, a manera de divertimento de sus ocios guieneses, se entretuvo en labrar muchas de sus efigies pequeñas. En Guía he oído narrar una anécdota que parece abonar, muy vagamente desde luego, esta suposición. En cierta ocasión —cuentan— dos carboneros que pasaban por el callejón de León, se detuvieron ante la puerta del estudio de Luján para contemplar al artista, que trabajaba en una obrecilla que, según la versión más generalizada, representaba a un pájaro posado sobre una espiga completamente erguida. Luego de admirar por un momento la destreza del escultor, uno de los carboneros comentó algo al oído de su compañero, y éste, súbitamente, barbotó una estrepitosa carcajada, que de inmediato se contagió al otro *mauro*. Sorprendido, casi moles'o, Luján pregunta a los carboneros la razón de tal hilaridad. «Es que nos hace mucha gracia que una espiga no se *cambe* con el peso de un pájaro» —contestaron. El Maestro, reconociendo lo atinado de la observación de los palurdos, acabó por arrojar la figurilla contra el suelo. Aparte de que para un artista puede ser muy natural que la espiga más grácil no se doblegue bajo la pesadumbre de una avecica, yo abrigo mis dudas sobre la autenticidad de este lance; incluso tengo la vaga sospecha de haberlo leído en alguna parte referido a otro hombre de arte. Pero no me queda más remedio que reconocer que el epilogo tiene la impronta del carácter de Luján Pérez, que a juzgar por otras cosas que, de él sabemos, y cual correspondía a un genio de veras, debió de ser bastante *genioso*.

Familia e infancia

Como es sabido, José Miguel Luján Pérez nació en el guienese pago de *Las Tres Palmas* el 9 de mayo de 1756. Hijo de un matrimonio de labradores regularmente acomodados, fué el segundo de cinco hermanos: José Domingo, Carlos Fernando, María y Juan

José. Es curioso advertir cómo en casi todos estos hermanos destacó alguna faceta no vulgar; singularidad que tuvo su expresión cínica y luminosa en el talento artístico de nuestro biografiado y su envez sombrío, negativo, en el pobre Juan José, que era, según un documento coetáneo, *fatuo e inhábil*, es decir, lisiado de cuerpo y de espíritu. Hasta nosotros han llegado noticias de la acusada hurañía que caracterizaba a Carlos y de su habilidad para la labra de la madera, que aplicó de modo especial a la decoración de yugos y otros instrumentos de labranza. En cuanto a María, Tejera nos cuenta que fué una consumada maestra en bordados de alta calidad.

A la hora de hablar de la familia de Luján Pérez sería injusto que silenciara el nombre del presbítero don Fernando Sánchez Navarro, hermano de la madre del imaginero, que se constituyó de por vida —y aún después de muerto— en el ángel tutelar de sus sobrinos. Su protección comienza desde que aquellos nacen, pues de todos es padrino de bautizo, y su celo cariñoso le lleva, en el momento de otorgar testamento, a condicionar el disfrute de sus bienes al cuidado y manutención de Juan José, el sobrino malaventurado. Dadas estas premisas, no se me tachará de fantasioso si aventuro la hipótesis de que la vocación de nuestro artista debió de hallar decisivos alientos en el corazón y en la escarcela del tío.

La primera noticia que conocemos sobre la vida de Luján (aparte, claro está, del dato positivo de su nacimiento) la encontramos en una anécdota muy divulgada que don Juan Batista Palenzuela tomó de labios de un primo del escultor. (Este don Juan Batista fué un caballero guilense de larga vida —murió a los cien años— y de mucho más largo andar por las cosas de Guía. Él fué durante muchísimo tiempo algo así como el viviente oráculo de la tradición guilense. El libro de Tejera y la biografía de Gordillo que escribió el señor Moya se surtieron abundantemente en el arsenal de noticias que era la memoria de don Juan. Fué una lástima que no tuviera mayor afición de la que tuvo a la escritura, pues de seguro hubiera rescatado del olvido mucho material histórico y anecdótico del que hoy nos sentimos tan menesterosos). Como decía, el señor Batista recogió de boca de un pariente de Luján la noticia más remota que tenemos de su infancia; noticia que se refiere precisamente a la revelación del genio creador de nuestro artista. El relato de don Juan tiene toda la unción y la fragante simplicidad de una *floreilla* franciscana. Hel aquí: «Refieren parientes muy cercanos que a los nueve o diez años fué llevado Luján por su madre a la ermita de Fontanales a hacer la primera comunión. Estaba encargado de dicha ermita un frailecito que no debía ser tonto por lo que ocurrió: mientras su madre hablaba con el sacerdote en la sacristía, el niño se quedó como extasiado ante la imagen de San Bartolomé, y al salir el frailecito acompañado de su madre y pararse junto al niño, dijo éste que le gustaba mucho el santo, agregando: «Yo hago uno como éste, pero si tuviera mi cuchillo». Entón es el fraile le regaló una navaja, y Luján quedó comprometido a hacerle un San Bartolomé. El fraile le prometió un regalo. Se vino Luján a su casa y cogió un trozo de madera de escobón; y a los quince días volvió con una preciosa copia del santo, pero tan exacta, con tanto parecido en los mínimos detalles, que el fraile exclamó: «Esto no es cosa humana. Aquí está el mano de Dios». Y al momento tomó al niño y fué con él al Cabildo de Las Palmas y le expuso lo ocurrido, y el mismo Cabildo se ocupó de la educación del pequeño.» «Hasta aquí nuestro rapsoda. Huelga advertir que esta relación debe más, muchísimo más, a la leyenda que a la verdadera historia. Quien influyó cerca de la familia de Luján para que éste fuera traído a Las Palmas a iniciarse en los estudios artísticos, fué, a lo que parece, don Blas Sánchez de Ochando, teniente del Regimiento de Guía de las Milicias Provinciales, que cayó con dama guilense muy principal. Don Blas había nacido en Murcia, y este dato hace suponer, con mucha razón, que fuera el ejemplo de su paisano Salzillo lo que le movió a preocuparse seriamente porque no se desperdiciaran las singulares aptitudes que apuntaban en el muchacho de *Las Tres Palmas*. Uno se pregunta: sin la presencia de este avisado murciano en el Guía de 1700 y pico, aislado, sin tradición artística, rural —aunque, eso sí, con bastantes humillos hidalgos—, ¿se hubiera acertado a encauzar adecuadamente los dones de Luján? Es cierto que sus cualidades eran de las que no pueden ser sofrenadas por ningún género de limitaciones, pero no es menos verdad que sin la formación básica y los estímulos de toda suerte que recibió en Las Palmas acaso no hubiera pasado de ser uno de los tantos *fabricantes* de santos que brotaron en las islas, un *amañado* sin duda con más habilidad y gusto que los otros, más artista si se quiere, pero de ninguna manera el poderoso creador de belleza que llegó a ser. Su hazaña más sonada hubiera sido tal vez muy por el estilo de aquella que protagonizó un sacristán con *lululas* de gran organista, paisano suyo, que en cierta ocasión, después de escuchar nada menos que a Saint-Saens que interpretaba unos *impromptus* en el órgano de la iglesia de Guía, exclamó con despectiva suficiencia: «Este señor de música no sabe ni *papa*».

Poco más sabemos, al menos por ahora, de la época infantil de Luján. Es muy posible que fuera compañero de infancia de algunos de los hermanos Montesdeocas. Andando el tiempo trataría íntimamente a otros guieneses ilustres que como él ocuparon puestos sobresaliente en la historia de la isla y de los que consta su veneración por el escultor. Destacan entre todos don Pedro José Gordillo, aquel canónigo inteligente arriscado que llegó a ser Presidente de las Cortes de Cádiz, y el poeta Rafael Berto y Lavieso, mucho más interesante por su vida arrebatada que por las calidades de su obra.

Intermedio amoroso

La vida de nuestro hombre debió de ser sabrosamente rica en peripecias amorosas. Unos cuantos nombres femeninos ponen en torno a su biografía sentimental algo así como una aureola donjuanesca. Tal vez no será muy aventurado suponer que fué una mujer la razón principal de muchos de sus desplazamientos a Guía. Alguien ha insinuado que el objeto de este hipotético amor del artista vivió encarnado en la persona de doña Ignacia de Silva. A mí sólo me ha sido dable saber que esta dama murió célibe, que era bastante más joven que Luján —*nilhil obstat*— y que éste hizo por encargo de ella el San Sebastián que se venera en Guía. A los que se perecen por encontrar verdaderos sargamentos de símbolos y mensajes hasta en las cosas más inexpresivas, puede que les cueste muy poco imaginar que en la figura del doncel asaeteado quiso aludir el escultor a la intensidad de sus sentimientos amorosos hacia doña Ignacia. Y la presunción les parecerá todavía más natural si saben que por esta obra no percibió el artista ni un sólo real de vellón, ni tan siquiera unos cuantos almudes de esas otras prosaicas especias con que a veces se hacía pagar. En este caso —*Tejera dixit*— el precio fué una cuarterola del buen vino que la señorita de Silva guardaba en sus bodegas. A lo mejor, Luján Pérez opinaba respecto del vino y el amor aquello mismo que canta Hafiz de Chiraz en uno de sus famosos *gazales*:

*Tráenos la alegría de la juventud. Sirvenos una copa,
y otra más todavía, del rojo vino.*

*El rostro del amor no se ve sino en sueños:
dame, pues, el remedio que me obligue a dormir.*

La muerte

Con lo dicho (sin agotar, por supuesto, todo lo que puede mentarse al respecto) creo que basta y aún sobra para demostrar palmariamente que Luján Pérez, lejos de ser un desarraigado, hizo que Guía fuera en su vida una presencia casi permanente. Lo quise él así, o, en todo caso, le cedió gustosamente al designio de los hados que tal determinaron. Allí nació; allí hizo largas estancias; allí trabajó incluso; allí, si la noticia no es fabulosa, amó también. Y en Guía, finalmente, tuvo acabamiento la trayectoria vital del artista.

Es estremecedora esa solicitud con que tantos hombres egregios, unas veces ciegame y otras con plena consciencia de ello, buscan el arribo de la tierra natal cuando sienten —o presienten— que está muy cercano el término de sus días. Se dijera que les da miedo la idea de morir extrañados, y todo lo abandonan, en una especie de renunciación anticipada, para que la noche definitiva los alcance varados ya bajo los cielos que cobijaron su niñez. O es que creen quizá, como aquel poeta español de la Edad Media, que en el terrazgo nativo

los ossos e l'alma han folgança maor.

No hace mucho, ese fué el caso de Martínez Sierra y de Benjamín Jarnés, y eso parece que va a ocurrir también con Juan Ramón Jiménez, que ya dispone el retorno a su tierra andaluza. Con Luján aconteció algo semejante. A mediados del año 1814 el escultor enfermó gravemente. Cuando mejor marcha a convalecer a la finca que en *La Atalaya* de Santa Brígida poseía doña Isabel del Castillo, la mujer de su gran amigo don Esteban de Icaza. De aquí, y tras una breve estancia en Las Palmas en el curso de la cual otorga testamento, marcha a Guía, en donde, todavía adolecido, consume sus jornadas melancólicamente, ya dando cortos y lentos paseos por las afueras del pueblo, ora dibujando, según le recuerda su hija, muy niña a la sazón; o bien tertuliano con sus amigos incondicionales en *Las Graditas*, famoso mentidero guienense que tenía —y aún tiene— su asiento en la escalinata de acceso a la iglesia parroquial, y de ahí su nombre.

Hasta que llega el día 15 de diciembre de 1815, que fué el postrero de su peregrinaje terreno. Don José Batllori y Lorenzo aquel periodista grancanario que tuvo fantasía

—y arrestos también— para, de habérselo propuesto, reescribir toda la historia de la Humanidad, imaginó de esta guisa las últimas horas de la existencia de Luján:

«Bajo la luz fantástica del crepúsculo, Guía apiña su caserío risueño, de tejados bermejos, en torno de la parroquia, sobre la cual comienzan a elevarse los ligeros torreones, cuyas líneas de suprema belleza trazara el artista... Como si hasta el fondo de su alma llegara toda la infinita melancolía de aquel panorama que alumbrara en su ocaso un sol que nunca ha de volver, Luján abrazado a Graciliano, el fiel criadillo, ha enmudecido y se ha detenido unos instantes mirando hacia abajo, hacia la Vega de Gáldar, sobre la que la luz moribunda deja caer una lluvia de oro... Le acompañan Rafael Berto, el patriota exalta lo y poeta de gran inspiración, amigo íntimo del estatuario; el cura don Juan Suárez de Aguilar; el canónigo Montesdeoca; Merino, el organista, carácter brusco y violento, pero con un corazón lleno de bondades; el patricio Acedo, y el Alcalde Real de la Villa don José Pineda Bethencourt. Salen del cementerio, que Luján ha hecho al pie de la cuesta, sobre la ermita de San Roque. Allí le agarra la tierra madre para abrir sus virgenes entrañas. Sólo una niña, Teodora Mendíza, ha sido sepultada en aquel lugar. La recia puerta de fea ha quedado puesta fiya, y Luján ha hecho entrega del campo santo al cura, asegurándole que él (Luján) lo habría de estrenar. Sentado en un poyo de la plaza, junto a la ermita, el escultor permanece largo tiempo con los ojos fijos en lo infinito... Después torna a la realidad y siente deseos de confiar muchas cosas a aquel grupo de amigos. Sus palabras, entrecortadas por la respiración fatigosa, silbante, van evocando, en medio del silencio del atardecer, aquellos días gloriosos; sus juegos infantiles en los campos apacibles de *Las Tres Palmas*; sus viajes; su taller de la calle de Santa Bárbara, en Las Palmas; el taller del callejón de León y el que tuvo en la iglesia del Hospicio... Momentos después Luján se encuentra solo en su cuarto con Merino. Su cuerpo se ha desplomado sobre un sillón de cuero. El silencio de la estancia resuena su respiración fatigosa y silbante... Graciliano entra con un velón y lo deja encima de una mesa. En el portal, los chicos juegan con José María y Francisca, los hijos del escultor, *al punto y al llanto*. La voz de una aguadora que pasa va cantando «los aires de Lima quiero». Merino va a salir y queda mudo de espanto al mirar a Luján. El artista, en el espasmo de la asfixia, señala con mano trémula a un cordial que está sobre la rinconera... Merino no comprende y lleno de terror sale al portal dando grandes voces. El glorioso artista cae al suelo pesadamente. Horas después su cuerpo, amortajado con el hábito de San Francisco, era velado por casi todo el vecindario».

La huesa perdida

Pese a que sólo nos separan ciento cuarenta años de la fecha de su muerte, ignoramos el lugar exacto en que está enterrado Luján Pérez. Todos sus biógrafos dan por seguro que fué sepultado en el cementerio viejo de Guía pero sin precisar la ubicación de su tumba, ya que no solamente no quedan vestigios materiales de ella en aquel campamento, sino que incluso se ha perdido todo rastro en la memoria de las gentes. Fenómeno éste bastante extraño y que a mí se me antoja una prueba más en favor de mi tesis de que el escultor debió de ser inhumado en otro lugar; posiblemente en un cementerio que existió en otro tiempo en el barrio de *La Atalaya*. Este cementerio de *La Atalaya* o de *Tarazona* se destinó originariamente para las víctimas de la epidemia de fiebre amarilla de 1811, y más tarde pasó a ser utilizado con carácter general, como consecuencia de la prohibición regia de nacer enterramientos en el recinto de la iglesia parroquial, sitio en el que hasta entonces recibían sepultura cuántos morían en la villa por causas ordinarias. En un documento de 1829, es decir, de catorce años después de la muerte de Luján, y a propósito de la visita pastoral que hizo a Guía este año el obispo don Bernardo Martínez, se dice textualmente que «...se cantaron los responsos a las ánimas del Purgatorio, habiendo sido uno de ellos en el cementerio, que por ser la primera visita de él lo hizo su Ilustrísima, aunque con mucho trabajo por ser mucha la distancia que media». Si reparamos en que el cementerio en donde se afirma yacen los restos de Luján está sólo a unos escasos trescientos metros de la iglesia parroquial, tendrán ustedes que convenir conmigo en que muy difícilmente puede referirse a él ese texto que acabo de citar y en el que bien claramente se hecha de ver la intención de aludir a una distancia mucho mayor.

Ciertamente que este olvido no habla muy bien de las generaciones a las que es imputable; y, desde luego, en nada se compadece con aquellas frases panegíricas que Viera y Clavijo dedicara a Guía: «Es sin duda el pueblo mejor y de más civilización de la Isla y el más ilustre después de la Capital». A manera de desagravio, y mientras llega —si es que llega— el instante del hallazgo de su huesa, digamos, parafraseando la ins-

crpción que Tucídides compuso para el cenotafio de Eurípides en Atenas, que «*tumba de Luján es Guía entera*». Aunque lo que importa en definitiva no es que Guía sea el sepulcro de nuestro héroe, sino que allí aliente en la hora de ahora, y de seguro que ya por siempre, el recuerdo del gran artista y la admiración por su obra extraordinaria.

* * *

Y acabo ya. Un escritor inglés muy famoso, pero de cuyo nombre no consigo acordarme en este momento, asistió cierta vez a una conferencia de un profesional de la oratoria que abusaba demasiado del recurso de inflar sus peroratas con citas y más citas ajenas. A la terminación dicen que comentó: «Este majadero no debería acabar con el *he dicho* de ritual. Sería más justo que dijera: *han dicho*». Yo no quiero que ustedes piensen otro tanto de mí, y por eso me apresuro a proclamar paladina y honestamente que la mayor parte de las cosas que aquí he dicho las he tomado a préstamo. Lo que no deja de ser una perogrullada.

Han dicho.



Portada del antiguo cementerio de Guía
en donde se supone está enterrado
Luján Pérez

Se acabó de imprimir el
día 16 de abril de mil
novecientos cincuen-
ta y siete en la Im-
prenta San justo
de Las Palmas
de Gran
Canaria

ULPGC.Biblioteca Universitaria



780655

BIG 929LUJ GON gui

